



LA GEOGRAFÍA DE LAS SOMBRAS

Primer capítulo



JOSÉ ANTONIO COTRINA

La habitación 504

1

Daniel jamás olvidaría la primera vez que entró en una sombra.

Fue en la pequeña localidad de Málaga donde veraneaba con su familia. Acababa de arrancar un nuevo milenio y él estaba a punto de cumplir nueve años. Pasaban los meses de julio y agosto en un hotel en primera línea de playa, un bloque gigantesco de apartamentos azul oscuro que hacía casi tanto daño a la vista como a la ley de costas. El establecimiento estaba lleno a reborar en aquella época; era un hervidero de turistas alemanes, finlandeses e ingleses, una torre de babel que olía a protector solar y cloro. Solo había una habitación libre, la 504, la contigua a la suya. Ambos apartamentos compartían varias paredes: una de ellas, la del cuarto donde dormían Dani y su hermano Dorian.

Ya desde la primera noche escucharon ruidos extraños procedentes de la habitación vecina. Comenzó con una melodía lenta, desafinada, que parecía surgir de una caja de música en mal estado. A ese sonido se le unió de pronto un tintineo rápido y metálico, seguido por susurros, risas leves y un sonido inquietante que recordaba a huesecillos rozándose. Dani fue incapaz de conciliar el sueño en toda la noche; su hermano, en cambio, no tardó en quedarse dormido. Tenía siete años y ya por aquel entonces esgrimía una sensatez y una frialdad fuera de toda lógica.

—Solo son fantasmas —dijo el pequeño Dorian a la mañana siguiente, cuando Dani contó a sus padres por qué había pasado la noche en vela. Los ruidos pararon poco antes del amanecer, pero él ya no pudo dormir. Se imaginaba a los espíritus guardando silencio, pegados a la pared contigua, a unos centímetros tan solo de su cama, atentos a su respiración, preguntándose, quizá, qué sería aquel inhalar y exhalar que llegaba del otro lado.

La teoría de sus padres resultó más prosaica que la de su hermano. Según ellos, las voces no procedían de la habitación vecina, sino de la de arriba o de la de abajo. Era probable que fuera gente conversando mientras veían la tele o escuchaban la radio. Lo sobrenatural no entraba en absoluto dentro del radar de sus progenitores; su padre, sobre todo, era práctico y realista a más no poder.

Los ruidos regresaron la noche siguiente, idénticos a los del día anterior: la misma música desafinada, el mismo tintineo, las mismas risas, el mismo sonido de hueso contra hueso... En esta ocasión, Dani salió de la cama, decidido a avisar a sus padres para que comprobaran en persona que, en efecto, los sonidos procedían de la habitación de al lado.

Cuando abrió la puerta, despacio, como si temiera que su salida pudiera alertar a los fantasmas y hacerlos callar, se encontró de improviso con Dorian a su lado. Lo había seguido sin hacer ruido, como si él también fuera un espectro. Su hermano le cogió la mano y se la apretó con fuerza al tiempo que lo miraba a los ojos. En los suyos brillaba una sabiduría que no tenía nada que ver con su edad.

—No hay que tener miedo a los fantasmas —dijo—. Porque si les tienes miedo es cuando pueden hacerte daño. Ven conmigo. —Pero una vez fuera no lo guio hacia el cuarto de sus padres, sino hacia la puerta del apartamento.

No intentó resistirse. Cuando jugaban, siempre dejaba a Dorian la iniciativa; a pesar de ser el mayor, Dani se sentía superado por su hermano. A veces lo asustaba. En aquel tiempo era demasiado pequeño para racionalizarlo, pero años después comprendió que lo que de verdad lo intimidaba era su determinación, impropia de un niño. Y su frialdad extrema, por supuesto. Dorian nunca lloraba, nunca se quejaba, nunca se encaprichaba con nada ni montaba escenas, no lo había hecho ni cuando era un bebé. Dani tenía la impresión de que en ocasiones hasta sus padres le tenían miedo.

—No hemos tenido un hijo —aseguraban—. Hemos tenido una persona mayor.

—La persona mayor más chiquitita del mundo.

Para abrir la puerta del apartamento, Dorian tuvo que arrastrar una silla del salón, trepar a ella y descorrer el cerrojo. Lo hizo con precisión, con una economía de movimientos encomiable, como lo hacía siempre todo. Dorian empezó a andar a los diez meses y a hablar solo tres meses después, y tanto una cosa como otra las hizo con una agilidad y una soltura increíbles. Dani no guardaba ningún recuerdo de aquella época, por supuesto, pero durante años arrastró un poderoso complejo de inferioridad que no dudaba que procedía de aquel tiempo.

El corredor del hotel estaba iluminado por la luz taciturna que arrojaban, a media potencia, los fluorescentes del techo; una luz tibia que mantenía a raya a las sombras, pero que nada podía contra el miedo. Se le iba acumulando sobre la piel, como una costra de suciedad o una postilla sobre una herida.

Dani caminó descalzo por la moqueta deslucida del pasillo, con la mano derecha en la izquierda de Dorian. El corazón se le aceleraba con cada paso que los acercaba a la puerta del apartamento 504. Era idéntica a la suya, pero en su imaginación se le antojaba muchísimo más grande, enorme, una boca aviesa que se abría en el muro empapelado de verde pálido, ansiosa de probar un buen pedazo de niño tierno.

Dani siempre tuvo claro que traspasar ese umbral fue el verdadero comienzo de todo: su rito iniciático (y el de su hermano). Todas las maravillas y horrores venideros arrancaron esa noche. Y tampoco se engañaba al respecto: que empezara allí fue circunstancial. Tarde o temprano, ambos habrían terminado al otro lado del velo. Estaba escrito.

—¿Cómo vas a abrirla? —preguntó a Dorian en voz baja cuando llegaron a la puerta.

—Con la mano —contestó su hermano. Acto seguido tomó la manilla, la giró y la abrió sin ningún problema.

El umbral enmarcó un apartamento gemelo al que acababan de abandonar, con un pequeño salón, una cocina diminuta en un lateral y un pasillo corto que conducía a las dos habitaciones y al baño. El salón era amplio y contaba con un gran ventanal y una terraza, anexa a la suya propia; las ventanas estaban entreabiertas y el viento al colarse agitaba las cortinas azules como si fueran banderolas mustias. O fantasmas.

La habitación estaba desierta, pero, al mismo tiempo, no lo estaba. Era una sensación difícil de definir. Dani no veía nada extraño, pero por el rabillo del ojo intuía imágenes pugando por hacerse visibles; tampoco escuchaba nada raro, pero había un eco de palabras recién susurradas. Se mantuvo unos instantes indeciso en el umbral, con Dorian a su lado, cogidos de la mano. La de Dani estaba bañada en sudor; la de su hermano, en cambio, estaba helada. Dorian nunca tenía miedo, Dorian nunca dudaba. Él quería ser como Dorian, pero no sabía cómo hacerlo.

Consiguió armarse del valor necesario para iniciar el movimiento que lo llevaría dentro del cuarto. Antes de consumarlo, su hermano tiró de él y le impidió traspasar el umbral.

—No —le advirtió con ese tono de voz seco que recordaba tanto al de su madre—. Esta no es la habitación a la que tenemos que ir. Es la otra.

Dani se giró hacia él. No lo entendía. Esa era la habitación 504, ese era el apartamento de los fantasmas; de allí venían la música y la risa que ponía los pelos de punta. ¿Qué significaba eso de que esa no era la habitación?

—¿La otra? —preguntó.

—La otra, sí. La que está debajo —dijo Dorian mientras, con suavidad, lo empujaba hacia delante. Daniel sintió un tirón sutil, un ramalazo eléctrico que le mordió el bajo vientre.

El mundo cambió nada más cruzar el umbral. Sintió que le faltaba suelo a sus pies, los colores se volvieron opacos, la misma realidad perdió consistencia, densidad; olores nuevos asaltaron sus fosas nasales, olores densos y carnosos. Las imágenes y sonidos que habían estado arañando su conciencia se concretaron e irrumpieron en su mente como un alud soberbio. No gritó, pero emitió un hipido rápido, un estornudo ridículo que lo dejó medio atragantado.

Un segundo antes contemplaba una sala de estar idéntica a la de su propio apartamento, pero ahora todo era diferente. El espacio había cambiado por completo. Ya no estaban en la misma habitación, comprendió, estaban en «la otra», la de debajo. La mesa y las sillas habían desaparecido, la cocina y sus electrodomésticos se habían cubierto de herrumbre y estaban llenos de lagartijas, unas criaturas verdosas, con espirales amarillas en la garganta y sombras alrededor de los ojos, como si llevaran antifaces. Un armario enorme, hinchado, se apoyaba contra una pared. El mueble respiraba, sus puertas se abombaban y combaban despacio, sumido en lo que parecía un sueño pesado.

Las cortinas tampoco estaban ya, pero tras los ventanales no había rastro del paisaje de costumbre; no se veía la lengua larga de la playa ni la sombra reluciente del mar. La oscuridad fuera era tremenda, granítica, parecía esculpida en piedra. El pasillo que llevaba a las habitaciones y al baño estaba envuelto en tinieblas, pero se alcanzaban a distinguir colgaduras que caían del techo. ¿Dónde estaban?, se preguntó el niño. Ni siquiera era suelo lo que pisaban sus pies descalzos, era un barro espeso que burbujeaba entre sus dedos. De algún lugar impreciso llegaba la misma música de la noche anterior.

—Vamos —dijo Dorian mientras volvía a tomarle la mano—. Tenemos que ir un poco más adelante. —Dani se quedó inmóvil en el sitio, las piernas convertidas en columnas que se negaban a avanzar—. ¿Quieres ver los fantasmas o no? —quiso saber su hermano.

La respuesta a esa pregunta era sencilla:

—No quiero. Les tengo miedo.

—Entonces sí que tienes que verlos —insistió Dorian—. Los fantasmas solo tienen poder si les temes.

Lo primero que pensó fue: «Los niños de siete años no hablan así». Lo que dijo, en cambio, fue:

—Entonces conmigo tienen mucho poder. —Miró a su hermano con la misma extrañeza con la que contemplaba la habitación donde habían ido a parar, como si tanto

uno como la otra fueran de naturalezas similares—. ¿Cómo sabes todas esas cosas? —le preguntó—. ¿Quién te las ha dicho?

—Sólo lo sé —contestó su hermano después de encogerse de hombros—. No sé cómo, pero lo sé. Tenemos que ir, Dani. Tenemos que ver esos fantasmas. Para dejar de tenerles miedo. Para que no nos puedan hacer daño nunca.

La lógica de su hermano no terminaba de convencerlo, pero sí su resolución, su testarudez implacable. Iría con él, no le quedaba alternativa.

Lo siguió a través de aquella habitación extraña y fría. El lugar apestaba a zoológico, a bestia salvaje y suciedad. Las colgaduras del pasillo resultaron ser un caos de cadenas, de raíces negras retorcidas y de unos colgajos carnosos que le dieron náuseas.

—¿Son tripas? —preguntó Dani en voz baja mientras se acercaban.

Dorian asintió.

—Son tripas, sí —contestó.

—Huelen mal.

—Es que se están pudriendo —explicó su hermano pequeño, su hermano de siete años, el niño que aprendió a controlar sus esfínteres a los pocos meses de vida, como si le pareciera ignominioso hacerse las necesidades encima.

El pasillo de su apartamento era corto y recto, aquí la cosa cambiaba; se convertía en un pasaje oscuro y tortuoso, de una longitud considerable. Caminaron hacia allí, despacio, guiados por aquella melodía oxidada. Dani intentaba controlar la respiración. Sus pies descalzos se hundían en el mantillo fétido del suelo. Junto a las paredes del corredor crecían flores negras; sus hojas eran lenguas violáceas; sus tallos, dedos entrelazados; los pistilos, órganos que no llegaba a reconocer, pero que hacían que se sintiera incómodo: parecían dedos gruesos terminados en cabezas purpúreas. Pasaron bajo la cortina de intestinos, raíces y cadenas. Había criaturas dormidas en aquel caos colgante: eran murciélagos, solo que no se parecían a los que Dani había visto en los documentales de la tele. Tenían una cola larga, serrada, y con ella se enroscaban a los eslabones de las cadenas y a las raíces; sus cabezas eran pequeñas, pero sus bocas eran enormes y por el modo en que abultaban debían de estar repletas de colmillos. Estaban profundamente dormidos.

Dani tenía miedo, pero estaba decidido a no demostrarlo. Era el hermano mayor e iba a actuar como tal. Dorian avanzaba decidido bajo aquellos colgajos repugnantes, vestido solo con su pantaloncito del pijama. Un movimiento veloz al fondo del pasillo los detuvo. A pesar de su determinación de no mostrar temor, Dani soltó un gritito ahogado. Había un pequeño animal inmóvil allí, una suerte de comadreja grisácea que medía su buen medio metro de largo. La criatura se levantó sobre sus cuartos traseros y les dedicó una mirada curiosa e inteligente. Tenía seis pares de patas; la espalda y la cola recubierta de pinchos, como un erizo; y la cabeza espigada terminada en un morro largo del que surgía una lengua azul que no paraba de moverse. Tras unos segundos de escrutinio, la criatura desapareció veloz por un agujero en la pared.

Dorian se acercó a la primera habitación, Dani lo siguió de cerca. De allí procedía la música. Ahora podían oírla con claridad. Era una canción de cuna, una nana, una melodía parecida a la que sonaba en el móvil colgante que pendía de la cuna de Dorian cuando este era un bebé, solo que mientras la del móvil tranquilizaba, aquella surtía el efecto contrario: parecía una composición ideada para ser inquietante.

No había puerta, solo un cortinaje negro que parecía cuero deslucido o algún tipo de pellejo a medio curtir. Dorian lo echó a un lado y vio lo que aguardaba tras él: una habitación enorme, de paredes oscuras, curvas, repletas de abombamientos. Había muebles allí, todos medio cubiertos de polvo y ceniza. La cama, coja de una pata, estaba prácticamente oculta bajo una montaña de arena blanca sobre la que, afanosos, se movían varios cangrejos de hueso, cada uno con un garabato dibujado en la concha. Daniel espizó sobre el hombro de su hermano, con el corazón acelerado y la garganta seca.

Había dos niñas en el cuarto. La más pequeña tendría la edad de Dorian; la mayor, uno o dos más que Dani. La primera solo llevaba unas braguitas rosas; la segunda, un peto vaquero, deportivas y dos coletas rubias. Ambas estaban jugando, sentadas en el suelo al fondo del cuarto; la pared a su espalda estaba reventada, como si alguien la hubiera emprendido a hachazos con ella; al otro lado se vislumbraba el arranque de un pasaje siniestro.

Las dos niñas estaban muertas. La pequeña tenía una puñalada en el pecho, la mayor un tajo en la garganta. Las dos heridas tenían alrededor una fina costra de sangre seca. Ambas estaban pálidas, tanto que se alcanzaba a distinguir el entramado venoso y muscular que se ocultaba bajo la piel.

En el suelo, de listones de madera, habían dibujado un largo óvalo con pintura negra, dividido por varias líneas transversales, que estaba repleto de huesos. Resultaba complicado discernir con qué estaba pintado. Era una especie de engrudo negro, similar al que cubría el suelo del pasillo. Las niñas estaban acucilladas una a cada lado del óvalo, y cada una tenía delante un esqueleto a medio ensamblar.

—No, boba, no —le dijo la mayor a la pequeña—. Ese hueso es mío, no tuyo. Es mi femorón.

—Se dice famoral, tonta —replicó la otra mientras le tendía el hueso. Acto seguido rebuscó en el montón que tenía delante hasta dar con un pedazo de clavícula. Lo examinó con atención mientras se palpaba bajo el hombro derecho, como si quisiera comprobar las dimensiones del esqueleto que se ocultaba bajo la piel.

La niña de las trenzas fue la primera en percatarse de la presencia de los dos chicos. Soltó la costilla que tenía entre manos y los miró, asombrada. Sus ojos carecían de brillo, pero no de vida: los animaba una luz difusa. Dani pensó que el interior de la cabeza de la niña estaba en llamas y que el fulgor de sus ojos era un atisbo de ese fuego.

—¡Vivos! —gritó la niña mientras se levantaba de un salto—. ¡Fuera de aquí, vivos! ¡Fuera! ¡Fuera o mi papá y mi mamá os mondarán la piel como si fuerais patatas! ¡Fuera! ¡Fuera!

La otra niña dejó con calma el trozo de hueso en el montón y les sonrió. El mismo fuego errado ardía en su mirada, aunque no con la misma intensidad.

—¿Habéis venido a jugar con nosotras? —preguntó.

—¿Eres idiota o qué te pasa? ¡No hables con ellos! —terció la otra mientras los miraba con odio—. Están vivos. ¿No oyes como late su corazón? ¿No escuchas el runrún de su cerebro y los ruidos de sus tripas? Papá dice que nunca hay que hablar con los vivos. Son malos y peligrosos. Y lo llenan todo de sangre cuando los abres.

—¿Vosotras estáis muertas? —preguntó Dani. Si eran fantasmas su hermano tendría razón, no tenían aspecto de ser demasiados peligrosas. Más bien daban pena. Y la rabia de la mayor dejaba claro que les tenía más miedo a ellos que ellos a ella.

—Claro —contestó la segunda muchacha, ajena a los consejos de su hermana—. Nos mató mamá. Estaba enfadada, pero ya no lo está. Ya se le ha pasado. Ya no nos da cuchilladas. Ahora nos da besitos.

—¿Vuestra mamá está aquí también? —preguntó Dani entonces. La idea de un fantasma adulto y a la vez asesino resultaba un poco más perturbadora que aquellas niñas espectrales.

—No, papá y mamá han salido de caza —dijo y señaló hacia el agujero brutal de la pared. Desde donde estaba, Daniel pudo ver que la grieta conducía a un pasaje oscuro que parecía hecho de algún tipo de vello hirsuto.

—¿Qué se pueda cazar aquí?

—Cosas.

—¿Los fantasmas coméis?

—Nosotros sí. Pero es porque vivimos en la Umbría, ¿sabes? Papá dice que si no comiéramos, las sombras nos echarían. Y nos moriríamos de verdad si eso pasara. —Les dedicó una nueva sonrisa. Tenía las encías blancas y los dientes negros—. ¿Me ayudáis con mis huesos? —les pidió—. Antes los teníamos por dentro y ahora están por fuera. La que acabe antes de hacer su esqueleto, gana. Siempre pierdo, ¿sabéis? Pero es que mi hermana hace trampas. Me quitó huesos y los escondió y por eso no gano nunca.

—No te he escondido nada —dijo la otra, que parecía bastante más tranquila—. Si no sabes dónde los has puesto, es culpa tuya.

—Bueno, ¿jugáis o no?

—No hemos venido a jugar —dijo Dorian.

—¿A qué habéis venido entonces? —preguntó la segunda hermana—. Este sitio no es lugar para los vivos. Aquí pasan cosas malas. Pasan cosas malas todo el rato.

El niño no contestó. Se limitó a acercarse hacia el agujero en el muro. En su rostro se veía una expectación tremenda, una seriedad casi cadavérica que lo hermanaba de manera desagradable con las dos niñas. Daniel vio como se apoyaba en la pared. El vello que la cubría se plegó bajo su mano de una manera lenta, animal; parecían miles de lenguas ávidas de lamer la piel de su hermano.

Dorian se giró hacia las niñas muertas.

—¿Qué hay allí? —preguntó.

—La oscuridad —contestó la pequeña mientras rebuscaba entre los huesos que tenía delante—. Papá no nos deja entrar. Dice que nos perderíamos y que nunca volveríamos a encontrar el camino de vuelta, porque allí los caminos cambian. Y dice que hay cosas ahí fuera que nos comerían.

—¿Nunca salís de aquí? —quiso saber Dani.

Ambas negaron con la cabeza al mismo tiempo.

Dorian seguía ante el pasaje abierto, con la vista perdida en las profundidades oscuras que se adivinaban más allá. De la galería llegaba un sonido lejano y discordante, el latido de un corazón tremendo, si aquel órgano hipotético estuviera hecho de metal en vez de carne. Era un gong, un sonido de campana furiosa que, aun amortiguado por la distancia, albergaba en su seno una promesa, un bramido a punto de convertirse en estruendo. Dani no quiso ni imaginarse lo que debería de ser estar cerca de aquello. Ese

sonido sería capaz de arrancarte la cabeza del cuello.

—Vámonos de aquí, Dorian —le pidió—. Vámonos, por favor. Ya he visto los fantasmas y ya no les tengo miedo.

—Tengo que ver las campanas —dijo su hermano.

—¡No! ¡Volvamos con papá y mamá!

Dorian se giró hacia él, con su mirada de adulto pequeño perdido en un cuerpo de niño.

—Espérame aquí —le dijo—. O vete tú solo, lo que quieras. Pero tengo que ver las campanas. —Por primera vez en su corta vida, Dani vio titubear a su hermano—. Me están llamando —dijo, con los ojos muy abiertos, como si no diera crédito a sus propias palabras—. Saben quién soy.

—¿Y quién eres? —se escuchó preguntar Dani.

—Tu hermano —contestó el otro, con la mirada perdida en la oscuridad sonora.

—¿Y qué más? ¿Qué eres, Dorian?

No contestó. Se giró hacia él, le sonrió con tristeza y, a continuación, se adentró en el túnel piloso. Nada más poner un pie allí aquella galería siniestra palpitó, como si fuera un órgano vivo, una vena inmensa o, tal vez, un tramo de intestino como los que colgaban del pasillo. Por un instante, Dani pensó en seguirlo, pero un arrebato de sentido común y de miedo hizo que permaneciera a las puertas de la grieta. Vio a su hermano caminar por el túnel, con los brazos extendidos, acariciando con las manos la pared de la galería. Esta, unos metros más adelante, giraba hacia la izquierda y así fue como lo vio desaparecer.

Dani respiraba con dificultad. Solo tenía ocho años y no era justo que tuviera tanto miedo, se dijo. No debería estar aquí. Esto no debería pasar a los niños. De nuevo sonó aquel estruendo lejano, aquel sonido de metal contra metal, y esta vez creyó escuchar su nombre oculto entre las reverberaciones y sus ecos. «Dani, Dani, Dani...». No prestó atención a ese delirio. En aquel momento pudo más el miedo que la curiosidad.

Se giró despacio, allí estaban las dos hermanas. Se habían puesto de pie y lo miraban cogidas de la mano. Y se sintió estúpido y pequeño. Él tenía miedo, pero aquellas niñas estaban muertas y eso era peor, ¿verdad?

—Tú hermano no va a volver —dijo el espectro antipático—. Se perderá en las sombras y se lo comerán los monstruos. No dejarán ni los huesos.

—Sí que va a volver, idiota —replicó él. Estaba enfadado, pero no con la fantasma; estaba enfadado con su hermano, porque si no volvía, si se lo comían los monstruos, la culpa también sería suya.

Dani estaba decidido a esperar. Cada cierto tiempo llegaba aquel campanazo desde las profundidades del pasaje y con cada nuevo estruendo oía su nombre con más claridad. No apartaba la vista del recodo de la galería por donde había desaparecido Dorian. Intentó imaginárselo regresando, como si solo con visualizarlo pudiera hacerlo aparecer.

Perdió la noción del tiempo. Este se hizo eterno, elástico. Las muertas regresaron a su puzle macabro. Las oía hablar y reír, indiferentes a su presencia. Una de ellas rompió a cantar, muy bajito. Y era una melodía muy similar a la que los había llevado hasta ahí. De pronto escuchó un ruido en la distancia: eran pasos, pasos firmes, casi a la carrera. Ni por un segundo pensó que podía ser Dorian. Lo que se aproximaba era enorme, nada que ver con su hermano. Retrocedió.

—Viene papá y viene mamá. Vienen los dos y se van a enfadar —canturreó la niña arisca. Él se giró hacia ella. La muchachita ni siquiera había levantado la vista del compendio de huesos que tenía delante—. Te van a dar una buena tunda, ya lo verás, ya... Pronto tendremos nuevos huesos con que jugar.

—No les tengo miedo —dijo Daniel, aunque no era cierto ni de lejos—. Mi hermano dice que los fantasmas solo pueden hacerte daño si les tienes miedo. Y yo ya no se lo tengo.

—Oh. Pero es que papá y mamá no son fantasmas —le dijo la niña de las trenzas—. Papá y mamá están vivos. Aunque no vivos como tú, claro. Vivos de otra manera.

Dani volvió de nuevo la vista al pasaje. El retumbar de pasos sonaba cada vez más cerca.

Le faltaba el aliento. El miedo se le enredó en los pulmones, como una mala hierba que le creciera por dentro. Algo llegaba. Vio una sombra doblar la esquina. ¿Qué era aquello? ¿Qué era ese ser? Tenía demasiados brazos, demasiadas cabezas. Caminaba retorcido y cada paso que daba parecía un tormento. Era un ser jorobado, con dos cabezas fusionadas, tres brazos en un lado y un cuarto colgando de una cadera. Era el padre de las niñas. Y la madre al mismo tiempo. Ambos estaban fusionados en un solo organismo, una criatura deforme que compartía un único esqueleto. Los cuatro ojos del monstruo se fijaron en él. Llevaba un machete enorme en una mano, casi un hacha, de filo mellado, mientras con otra arrastraba el cadáver de una especie de avestruz sin plumas, con un cuerno retorcido en la frente.

Las niñas muertas tenían razón. Aquello no era un fantasma. Aquello podía hacerle daño, lo temiera o no.

Dani echó a correr. A su espalda escuchó un grito airado que le ordenaba detenerse. La niña cruel rompió a reír cuando pasó a su lado. La otra lo miró compungida, apenada, quizá, de quedarse otra vez sola con su familia de engendros.

El niño atravesó veloz el apartamento dando gritos, con lágrimas en los ojos. Los murciélagos del pasillo echaron a volar, varios se lanzaron en su persecución, le lanzaron mordiscos, le tiraban del pelo mientras emitían un sonido grotesco que intentaba imitar sus alaridos. Querían frenarlo, comprendió, querían que la cosa que lo perseguía lo atrapara. Luego se darían un banquete con sus restos. Y a pesar del miedo una parte de su cerebro tuvo la presencia de ánimo suficiente para preguntarse: «¿Cómo sé eso?».

La puerta del apartamento estaba cerrada, aunque no recordaba que ni su hermano ni él la hubieran cerrado al entrar. El monstruo híbrido iba tras él. Escuchaba sus pasos a su espalda, sus gritos, sus amenazas, demasiado horribles como para prestarles atención. Su voz reverberaba, su voz era espantosa. Tomó la manilla de la puerta y tiró de ella con fuerza; temía no poder abrirla. Pero cedió de golpe y él salió al pasillo, a la realidad. Los murciélagos se desvanecieron, sus garras dejaron de tirarle del pelo. Dio otro grito, intuyendo la zarpa horripilante que estaba a punto de cerrarse alrededor de su garganta. Pero esta no llegó. Se giró, balbuceando, sin parar de llorar. Los dientes le castañeteaban y se había ensuciado en el pijama. Lo que vio fue una habitación normal por completo, con su cocina, con su sala de estar, con sus cortinas que se agitaban como banderolas fantasmales. No había rastro del monstruo, pero una vocecilla en su interior le dijo que eso no era del todo cierto: la criatura seguía allí, a solo un centímetro de él, furioso y hambriento. Sus cuatro ojos fijos en los suyos, sus dos bocas deseosas de probar su carne...

Y a fin de cuentas Dorian tuvo razón. A partir de esa noche, Daniel dejó de temer a los fantasmas.

Había descubierto que existían cosas peores.



Sigue leyendo esta historia muy pronto en *La geografía de las sombras*, ¡disponible en breve en Amazon y en nuestra tienda web www.lomaravilloso.com/tienda!



Y si quieres estar al día de nuestras novedades y no perderte la salida de este libro, apúntate a nuestra lista de correo en www.lomaravilloso.com/lista-de-correo